

CAPÍTULO XIX.

MANE THECEL PHARES.

CXXXV.

El festin nos ofrece el cáliz de la vida; pero en el fondo está el tósigo.

Brillat Savarin tuvo un tiempo no sabemos qué disputa con el demonio de la gula; pero aquello evidentemente acabó en una transacción.

Sardanápalo tenia que acabar quemado. Habia engordado con exceso, y aquella digestion solo podia hacerse ó acabar de hacerse en una tumba digna.

Un banquete en donde hay amor, suele á menudo ser comparable á un bouquet en donde hay flores y frutas emponzoñadas.

¡Qué sé yo qué género de calaveradas condujeron á Baltasar á su último convite, digno por cierto del mas fatigado lord!

Carpio es envidiable por haber sabido describir con su épica pluma lo que es mas difícil describirse por una inspiracion tan circunspecta como la suya:

El *máximum* mas brutal del mas grosero de los placeres. No sabemos cómo ese anciano tan grave, tan circunspecto y sensato, pudo pensar esto:

Mientras que Ciro con ardor se apresta á dar por fin el formidable asalto, la ciudad, cual ramera deshonesta, entrégase al placer sin sobresalto, y á regocijos que el honor detesta

Hay algo de terrible y exacerbado en la exageracion del festin.

Es un combate de la naturaleza muerta contra la viva. Creemos que el *inter cyphos* de los romanos fué una de las pruebas de su decadencia.

Pretender que un dolor muera ahogado dentro de una copa de *Champagne*, es una de las locuras mas ridículas de la vida.

Nosotros creemos que en algunos de tantos paréntesis terribles de la vida humana, el hombre tiene que echar mano de una pistola ó de un convite.

Evadirse de cierto género de monotonía, es tender á suicidar algo.

Creemos, en tal virtud, haber observado que las almas de cierto temple odian el aturdimiento que pueda hallarse en ese laberinto de manjares, flores y vino que se llama un festin.

El que vive entre festines, *festina* todo y todo lo hace caer.

Al siguiente dia de un convite todos los actos mas nobles de los hombres aparecen como borrachos.

Apenas puede comprenderse que la austera, la espartana, la fraternal y severa masonería se ocupe alguna ocasión del festin.

Nada exacto ha podido jamás extraer nadie del fondo de una copa.

Hay en el banquete algo que *sube* aun cuando no suba el vino.

Y el mundo es demasiado diplomático para poder impunemente permitirse lo que se llama «expansion.»

Siempre nos ha parecido ver en todas esas cabezas que rodean á una mesa cargada de viandas y licores, una especie de *guerra de piña* en el juego de billar, y hemos dicho:

— ¡Caerán todas, una tras otra, y quedará sola una!

Pero en las cuestiones de la vida real, esta *una* jamas se pierde.

Ni los hombres públicos ni las mujeres públicas deberian asociar el *negocio* con el placer que aturde.

Los espiritualistas hacen girar y hablar á las *mesas*.

El vino es el mejor espiritualista.

Y el secreto es una condicion indispensable de bienestar en el mundo.

El mundo bien comprendido, es el bienestar en la vida.

La *vida* ó el giron de vida que se pasa en derredor de una mesa alegre y *franca*, no es por cierto un giron de mundo.

CXXXVI.

Antonio y Máximo se dirigieron primeramente á su casa á depositar gran parte de su preciosa carga.

Despues, al entrár al horrendo figon, teatro de tantas locuras del primero, se presentó á sus ojos un espectáculo singular, que aun cuando habia sido preparado, no se esperaba.

Allí habia una mesa propia para satisfacer las mas nimias exigencias del mas caprichoso gusto.

Se habian introducido algunos muebles regulares.

Tres criados esperaban.

Resplandecia aquello.

Chucha, elegantemente vestida, irónicamente ataviada como una novia, sarcásticamente engalanada como una esposa, con su velo de *punto* á la espalda y sus flores de azahar en el peinado, esperaba tambien en el sofá al lado de otras tres de las mas bellas, elegantes y desenvueltas prostitutas que se conocen por todo México.

Una música de baile perfectamente combinada, empezó á preludiar los primeros compases de una voluptuosa danza habanera.

Aquello era el pandemonio de la vida á los veinte años.

En un momento empezó á estremecerse en los ámbitos de aquel salon un tesoro de armonía seria y apasionada, pero incitante y terrible.

Aquellas mujeres medio envueltas en crespones «por no dejar,» empezaron á estremecerse igualmente bajo las caricias de aquella música coqueta, loca y arrebatadora, hasta producir el vértigo.

Faltaba allí álguien, que llegó pocos momentos despues que nuestros jóvenes.

Emilio.

Pepe.

Santiago.

Es decir, tres miembros del *club* que á la aproximacion de los franceses se reunia en la Gran Sociedad, como recordarán nuestros lectores.

En la mesa habia manjares, botellas, flores, como lo habia ordenado Máximo.

A poca altura y suspenso del techo, un candil antiguo de cristal arrojaba sobre la escena los raudales de sus veinticuatro luces, rotas en mil cambiantes y fugitivas chispas de colores por sus inquietos prismas.

Nadie se saludó y nuestros jóvenes permanecieron *cubiertos*.
 Por regla general, cuando un hombre permanece *cubierto*
 en presencia de una mujer, es que ella no lo está.

Antonio se precipitó sobre una de aquellas desgraciadas, y
 arrastrándola hasta la mitad del salón, siguió bailando bajo las
 frases musicales é irresistiblemente seductoras de la *dancista*.

A su ejemplo, cada uno de aquellos jóvenes arrancó de su
 asiento una compañera que solo allí podía serlo.

Bien pronto el espectáculo tomó su verdadero carácter, y
 el baile se hubiera prolongado indefinidamente si Máximo no
 hubiera impreso una variante á aquella orgía haciendo deto-
 ñar la primera botella de *Champagne*.

Ese primer estallido constituye en los convites el *surgite*
mortui del placer.

El alma y el *Champagne* estallán á un tiempo.

No sabemos qué genios diáfanos se desprendieron de aque-
 llas botellas que producian el trueno y la espuma.

La imaginacion del anfitrión y de los convidados empezó á
 incendiarse bajo qué sé yo qué llamas azules y fosforescentes.

El placer empezó á mirar á todos con ojos de fuego.

Se bebían los perfumes de mil rosas invisibles.

Se empezaron á sentir caricias de unas manos que no se
 veían.

Aquello era un infierno muy bello, y bien pronto los jó-
 venes se sintieron alumbrados por una luz casi divina.

La que brotaba de los ojos de aquellas beldades.
 Antonio empezó á sentir que el mundo se le aglomeraba
 en aquellos ámbitos que estaban tornados de negro y oro.

A las primeras copas del voluptuoso vino, el techo de
 aquel antro se tapizó á los ojos del aturdido jugador, de nu-
 bes vagas y compactas, como si el cielo hubiese entrado hasta
 allí siguiéndole.

Entre aquellos móviles fantasmas rodaban sonrosadas for-
 mas femeniles, espirituales rostros de hadas, sonrientes unos,
 afligidos los otros.

La verdad y el pudor, remolcados á fuerza por aquellos
calaveras hasta aquel recinto, habian penetrado avergonzados
 con su traje de arlequin, y se replegaban hasta los rincones
 del salón.

«¡Oye, Chucha!—gritó Antonio lleno de exaltación—
 ven á soplarme un ojo, que no sé qué te veo..... ¿Para qué
 diablos te disfrazas de ninfa? ¿Habíamos quedado en que no
 pasarías de mujer!.....»

«¡Oh, Máximo! tú eres un persa: ¿podrías inventarme un
 orientalismo cualquiera? Siento que mi alma tiene espas-
 mos..... quisiera estornudar tonterías. ¡Ay! No tengo ham-
 bre, tengo sed; será preciso saludar á mi absyntho evocando
 el espíritu de lord Byron.

«¡Acércate, Chucha; ven acá, delgadita mia; este *Cognac*
 quiere darte un beso!.....»

«¡Oh, Camila, toda eres ojos y espaldas!..... Mira, hija,
 espanta esa mariposa que se te pára en los labios.

«¡Oh, Máximo, sírveme un poco de Babilonia en esta trom-
 peta de cristal!.....»

«¡Ay! Tengo fundida toda la antigüedad en el cerebro, y
 hoy las mujeres se visten muy alto y muy bajo.

«Chucha, Camila, Luisa, venid! Vuestros piés deben des-
 cansar en una alfombra digna de llamarse *alcatifa*.

«Vestíos un poquito, al menos un corto rato, de felici-
 dad..... sed *gracias* como quien cumple su palabra de ho-
 nor..... y yo..... yo os doy la mia de que Cánova es mi
 buen amigo.....»

«¡Al demonio los trapos y saltemos!.....»
 «¡Mi corazón vibra como un arpa!.....»

«¡Bailad, sílfides..... bailad!.....»
 «¡Si viérais!.....»
 «¡Tengo amor, tengo sangre, tengo oro..... tengo todo!
 «¿Qué dices de esto, Máximo? ¿No te parece que yo soy un hombre muy ocurrente?»

«Perdon, ¡oh destino! Pero tu mendrugo estaba muy duro, y he preferido jugar y prostituirme..... Oye, Don Fulano, Don Máximo ó Don diablo, vé á ver si está mi baño de absyntho..... Necesito metamorfosearme en un monstruo verde y oro para estas pobres chicas..... ¡Eh, Chucha!..... Tírame un beso, ó te la pego..... Veremos esos tobillos monos, linda Hero, que ya me acerco nadando..... ¡Condenución!..... Espabilame, Camila, ó me anublo..... La vida es una vieja coqueta..... es preciso escupir sobre su arrugado seno..... ¡Vamos, criaturitas! ¿quién quiere amarme?..... ¡aquí hay mosca!.....»

Aquel arranque tan loco como intempestivo de Antonio se suspendió repentinamente.

Con intervalo de pocos segundos se escucharon por afuera del salon dos rumores prolongados, como el rumor de una lejána tempestad que rueda sobre las instables cordilleras que forma el húmedo nublado en el horizonte.

Eran dos carruajes.

— «¡Oh Júpiter!— prosiguió Antonio— *almo Iove*, préstame un rayo cargado de seis tiros. El mundo es atrevido y está tan *arrancado!*... Deberia ser aprehendido por sospechoso...

«¡Ah, Vénus, correspóndeme!..... Te regalaré un cinturón de camelias, y nos arreglaremos en un almuerzo en el Eliseo... Protesto dotarte ó casarme contigo!.....»

«¡Señores, atencion!— gritó aquel bárbaro haciendo resonar ambos bolsillos de su chaleco raído— ¡Eugenia necesita un par de planetas para sus aretes!»

Una carcajada mal reprimida, varonil y burlona acogió el último desatino de Antonio, y al volver nuestro jóven la cara hácia el rincón de donde aquella risa habia brotado, sus pupilas se clavaron en un rostro pálido y bellissimo, pero inmóvil, cuyos ojos le veían con una expresion melancólica y doliente.

Aquella cabeza pálida y con un semblante de expresion angustiada, desapareció un momento despues, y de una manera tal y tan rápida, que hubiera sido imposible á Antonio seguir detrás de ella.

Habia sido aquella la aparicion de un objeto bajo la instantánea luz de un relámpago.

Máximo se acercó á nuestro amigo con dos copas de absyntho en la mano, y le dijo:

— «¡Por tus amores y por tus matrimonios!— ¡Por ellas y por nosotros!»

Antonio apuró *de un golpe* todo el contenido de la copa, estrellándola vacía contra la mesa.

Chucha se perdía sola á cada instante, saliendo á la pieza inmediata.

En uno de los lados del salon se eternizaba una danza violentísima, y Máximo tuvo necesidad de hacer estallar otra botella para llamar á la mesa.

Pasó en aquella mesa lo que siempre tiene que pasar en las de amigos como aquellos y un bello sexo como aquel.

El desórden se habia revestido allí con su trago de día de fiesta y el placer relampagueaba con vehemencia en todos aquellos semblantes, rojos y fatigados bajo la lumbre de no sabemos qué astros hechos brotar á fuerza en el éter negro y tormentoso de aquellos locos.

La franqueza y la expansion aumentaban de momento en momento en aquella reunion.

Habia allí algo mas que confianza.

El Santiago apartó un tanto su sillón, y sacando de la bolsa un retrato, se hincó de rodillas delante de aquella imagen y se puso á cantar á gritos aquel coro de Giovanna d'Arco:

Tu sei bella— tu sei bella, &c.

Emilio, ofuscado por el elegante atavío de una de aquellas rameras, tomaba con delicadeza exquisita una de las manos de la muchacha, y con aire tímido y entre profundos sollozos y tiernísimas miradas, le decia aquello que se lee en las *Vigilias del Tasso*:

Quisiera que el cielo te me hiciera una aldeanita.....

Pepe recordaba los encantos de su amor ausente, y contemplando con arrobamiento una liga de seda y resorte, murmuraba:

— «¡Qué alma, oh! ¡qué alma de mujer!»

CXXVII.

Una de las muchachas lanzó un aullido salvaje y se precipitó sobre Pepe.

Dióle un bofetón tan cariñoso como grosero, y le dijo:

— «Maldito!... ¡Pues no estamos ya aquí?..... Para qué quieres otras?.....»

— «Venid, venid, que os hallo muy hermosas;»

— «Sois mi dulce ventura, sois mi Eden!»

— «A mí venid, envenenadas rosas;»

— «Envenenadme de placer también!»

— «Desatad vuestros labios purpurinos;»

— «Mares de dicha y de ilusión bebed;»

— «Nuestras almas fermentan en los vinos;»

— «Las temes gasas y el pudor romped!!!.....»

Dijo Antonio, turbio, inquieto y vacilante ya:

— «¡Sí!..... ya nos comprarás otras para romper estas,

tacaño; llevamos dos horas lo menos de estar aquí y no nos has dado nada, mezquino. ¡No te queremos!..... — respondió una de aquellas desgraciadas, mientras abrazaba al joven y con disimulo llevaba una mano exploradora hasta el bolsillo de su chaleco.

— «Oye, cabeza de *escobillon*, á ver si te sientas y comes en orden, que no nos entendemos, y ya yo me muero de hambre: lo primero es lo primero, y á nosotras no nos *cuadran tus puestas*: somos muy *delirantas* por la comida, y ya se hace tarde.

Continuaron todos rodeados de la mesa, y Chucha se acercó, y con rapidez y disimulo dijo al oído de Máximo algunas palabras que nadie pudo oír.

Levantóse el joven precipitadamente, se dirigió á la otra pieza cuya única ventana daba á la calle, y en ella, por la parte de afuera, se dejó ver hasta la mitad del cuerpo, un hombre que esperaba.

Entre él y Máximo se entabló este rápido diálogo:

— «¿Le consta á vd. que ha pasado la carta?» preguntó el joven.

— «No tenga vd. cuidado» contestó el otro. — «Va metida en mi canafeo de *laore* y montada en un anillo.»

— «Muy bien.....»

Máximo extrajo de su bolsillo tres ó cuatro duros que puso en las manos del desconocido, quien se retiró inmediatamente.

El joven cerró cuidadosamente la ventana y volvió á introducirse en el salón.

Al salir á él, Chucha se levantó de la mesa y volvió á la pieza que Máximo acababa de abandonar.

Los músicos habían suspendido momentáneamente sus funciones y tomaban parte en la cena.

Se escuchaba ese rumor prosaico é indescrípible que producen varias gentes que comen á un tiempo.

De vez en cuando se levantaba alguno con un vaso lleno en la mano, proferia algunos cuantos dislates obligados á brindis, y era interrumpido por la batahola infernal que todos producian con sus carcajadas, con sus *vivas*, con sus *bravos* y con el consagrado repique de vasos.

Antonio habia adoptado por única fórmula de locucion una especie de *silba loca* que llevaba trazas de ser interminable.

Nadie le hacia caso.

La expansion empezó á tomar ese carácter alarmante, en el cual todo el mundo se sienté lleno de ternura, de una absurda y loca franqueza, se tutea y procede á las mas groseras confidencias.

Los semblantes empezaron á *enrojecerse*, las miradas á extraviarse.

Para destapar las botellas era preciso romperlas.

Ellas tomaron asiento sobre el regazo de ellos.

Empezaron todos á abrazarse con un cariño superior á toda descripcion.

Antonio creia hallarse entre una concurrencia decente.

A cada momento llamaba «señoritas» á aquellas mujeres, y era saludado por *homéricas* carcajadas.

Era imposible imprimir lo que pudiera llamarse «un poco de órden» en aquella mesa.

Momentos hubo en los cuales el vértigo, la locura, lo siniestro de la balada de «Willis» no hubiera sido mas que una pobre parodia de aquello.

«Daba miedo aquella alegría,» como hubiera dicho Madame Girardin.

El placer se *codeaba* por un lado con lo ridículo, por otro con lo terrible.

Antonio estaba excitado hasta el extremo.

Máximo aparentaba estarlo.

Bajo el *colorete* y los crespones de Chucha, bien hubiera podido notarse ansiedad y palidez.

Repentinamente una boca profirió estas palabras:

— «¡Que cuente Antonio quién es Eugenia!»

— ¡Por la Virgen María, mis amigos, no confundamos!— contestó aquel, ofendido de que tal nombre se pronunciase en aquel lugar y por aquellas bocas.

— Eugenia—continuó—es un objeto cuyo nombre no debemos ni aun recordar aquí, pues que á nada vendría, y ella nada tiene que ver con nosotros.

— ¡Que cuente, que cuente!— gritaron todos interrumpiéndole.

— ¡Que cuente! ¿Qué tengo de contar? ¿Que existe en el mundo una mujer divina que se llama Eugenia?..... Bien, ya lo sabeis.

¿A qué viene hablar de Hebe en presencia de las Afroditas?

— ¡No se entiende!— gritó Camila.— Habla claro, Antonio..... ya estás perdido, y no sabemos si nos estás diciendo picardías.

— No, hijas mías, sino que uno es uno y otro es otro. Nosotros aquí y Eugenia en el cielo!

— ¡Ya me estoy encelando, ingrato!— dijo otra dando un fuerte tirón á la *perilla* de nuestro jóven.

— Pues bien, no me habéis de Eugenia. Hemos venido aquí á bailar, á beber y á divertirnos. ¿Qué tenemos que pensar en mas?.....

— ¡Anda, *maleriado*, ya no puedes..... ven, vamos á *cehar* una danza!

Y la *celosa* arrastró á nuestro jóven hasta en medio de la pieza, y los músicos, que ya tampoco *podiam*, hicieron un

desesperado esfuerzo y tocaron la danza pedida, imprimiéndole la ardiente voluptuosidad de que ya estaba todo aquello impregnado.

El vértigo fué terrible.

Un entusiasmo del infierno se apoderó del corazón de Antonio, y rechazando á su compañera, que hacia esfuerzos por detenerle, se precipitó de nuevo hácia la mesa, y haciendo pedazos el cuello de una de las últimas botellas, la levantó por alto.

— ¡Oh..... Eugenia..... Eugenia!..... — dijo ya desconcertado y balbuciente.

« ¡Te veo, Eugenia, como un *requiem aeternam!* »

« ¡Tú eres el Empíreo..... la felicidad..... tú serás la virtud!..... »

« Daphne..... ven á rodear mis sienes con un laurel..... tú eres la gaya banderola del bajel de mi existencia.... Oh!... Ven á sacarme de este purgatorio y acepta propicia mis preces!..... »

« ¡Señores!..... ¡Brindemos por *ella*, solo por *ella* y siempre por *ella* hasta caer..... para no levantarnos jamas!..... »

Y Antonio pretendió apurar la botella que tenia en la mano; pero vacilante, envenenado ya por el exceso alcohólico, sus miembros todos habian perdido su energía natural.

Iba á caer realmente con la botella en la mano, y todos gritaron:

— ¡Que no beba! ¡Que no beba! Ya no puede.

Máximo corrió á sostenerle, y mientras con el brazo derecho soportaba todo el peso de su cuerpo, con la mano izquierda vió la hora en su reloj.

Iba á amanecer.

— Vámonos, señores; es bastante por hoy — dijo dirigién-

dose á todos en general, y salió de allí remolcando trabajosamente á Antonio.

Pocos momentos despues aquella sala quedaba enteramente sola.

La mampara se abrió dando paso á dos mujeres:

Una, disfrazada de ángel; era Chucha.

La otra, ángel disfrazado de mujer;

Era Eugenia.

Quedaron ambas suspensas en presencia de aquella mesa cargada con los despojos de la orgía, con los escombros tristes del placer.

La figura vaporosa y esbelta de la jóven ramera, aparecía en la penumbra en una actitud humilde y resignada bajo su irónico velo, blanco y trasparente.

Pradier hubiera tomado entonces algo clásico de Chucha, y hoy conociéramos en nuestros salones y en nuestros gabinetes una más de las lindas estatuetas del poeta escultor, llamada:

La resignacion.

Ninguna de ambas profirió una palabra.

Eugenia, pálida, solemne, grave, se dejó caer en uno de aquellos sillones y ocultó su linda cara entre las manos.

Lloraba.

— Señorita — le dijo Chucha convulsa y con acento entrecortado — perdóneme vd. si la he retenido hasta ahora haciéndola presenciar un espectáculo que tanto daño la ha hecho..... Pero tengo una sagrada obligacion que cumplir..... y no faltaré á ella; cumpliré, y jamas volveré á ver á vd., se lo juro.

Seria preciso que estuviésemos solas..... y en el carruaje de vd. está una persona. Despréndase de ella, y si le parece, terminemos cuanto antes.